
Ecoss del Cono Sur sobre la Revolución de los Claveles
(1974-1976): La experiencia chilena y el velascato
peruano



*Echoes from the Southern Cone on the Carnation Revolution
(1974-1976): The Chilean experience and the Peruvian
velascato*

Ricardo Andrés Pérez Haristoy *
Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile
raperez21@uc.cl

Gilberto Aranda Bustamante **
Universidad de Chile, Chile
garanda@uchile.cl

Relaciones Internacionales
vol. 33, núm. 67, p. 149 - 167, 2024
Universidad Nacional de La Plata, Argentina
ISSN: 1515-3371
ISSN-E: 2314-2766
revista@iri.edu.ar

Recepción: 05 agosto 2024
Aprobación: 13 octubre 2024

DOI: <https://doi.org/10.24215/23142766e197>

Resumen: Esta investigación propone estudiar la revolución de los claveles, explorando la recepción de los cambios ocurridos en Chile tras el golpe de estado el 11 de septiembre de 1973. Los paralelismo como movimientos militares transformadores de sus sistemas políticos anteriores, radican en la democratización en Portugal y la implantación de una dictadura, con rasgos alternos marcados por la represión de la población y el rol los partidos comunistas y socialistas en ambas experiencias. Sin embargo, en términos de larga duración ambos procesos militares formaron parte de la Tercera Ola democratizadora de Huntington. La incidencia del Velascato en el proceso portugués vendrá a marcar también una diferencia sustancial en cómo se recibió el militarismo latinoamericano en uno de los hitos claves de la descolonización africana de la década de los 70.

Palabras clave: Revolución de los Claveles, golpe militar chileno; radicalización, militarismo, Velascato.

Abstract: This research aims to study the Carnation Revolution by exploring how the changes that occurred in Chile following the coup d'état on September 11, 1973 were received. The parallels as transformative military movements of their previous political systems lie in the democratization in Portugal and the establishment of a dictatorship in Chile,

Notas de autor

* Doctor en Historia (PUC), Magister en Historia Europea (UCh). Investigador independiente

** Profesor titular de la Universidad de Chile y académico del Instituto de Estudios Internacionales de dicha casa de estudios. Doctor en Estudios Latinoamericanos e investigador del Instituto Superior de Investigación en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá.

characterized alternately by the repression of the population and the role of communist and socialist parties in both experiences. However, in terms of long-term impact, both military processes were part of Huntington's Third Wave of democratization. The influence of the Velasco regime on the Portuguese process will also mark a substantial difference in how Latin American militarism was received during one of the key milestones of African decolonization in the 1970s.

Keywords: Carnation Revolution, Chilean military coup, radicalization, militarism; Velascato.

1. Resonancias y caminos opuestos

Dentro de las experiencias revolucionarias emblemáticas de la historia del siglo XX, tanto la *Vía chilena al socialismo*^[1] como la revolución de los claveles, pueden ser consideradas objetos de estudios susceptibles de ser analizados en clave comparada, para enfatizar las diferencias y similitudes entre ambos procesos con la finalidad de reflexionar acerca del alcances de sus percepciones. Sin duda, un punto principal de referencia remite al protagonismo de las FFAA quienes resultan ser actores decisivos, clausurando no solo el proyecto allendista (4.11.1970-11.9.1973), sino también la tradicional democracia liberal y representativa en Chile, previamente desafiada – aunque sin ruptura- por segmentos de la Unidad Popular. En cambio, en Portugal finalizó una experiencia no democrática y colonialista (28.5.1926-25.4.1974).

Como parte de los imperativos ideológicos de las Guerra Fría Global, dos movimientos militares de latitudes dispares en el posicionamiento del desarrollo mundial inauguraron regímenes políticos de contraria orientación política, sin lograr profundizar sus relaciones, precisamente debido a lo anterior. Principalmente los aspectos autoritarios del proceso dictatorial chileno no encontraron eco en la germinal democratización política del Portugal, que adicionalmente en cierto momento de un proceso de dos años asumió contornos antiliberales. Ambos casos tuvieron por punto de inflexión un golpe militar –con siete meses de diferencia-, donde el cambio sistémico fue parte de la retórica referencial de determinados grupos (*Vía chilena al socialismo* y proceso revolucionario en cursos portugués) al tiempo que la democracia liberal se constituyó en un tipo ideal para otros sectores (recuperación en el caso chileno y aspiración y objetivo en Portugal). Pero hasta ahí las coincidencias. La revolución de los claveles integró tempranamente a los partidos políticos proscritos, implicó el retorno de exiliados, al tiempo que otorgó la independencia de sus colonias, mientras que la Junta Militar chilena restaba irrestrictamente las libertades básicas, prohibía y perseguía las asociaciones políticas, aunque en su línea de política exterior respaldaba la independencia de los países insertos en el proceso de descolonización en África.

Este contrapunto chileno-portugués ha sido advertido entonces y ahora. Dos décadas después del 25 de abril de 1974 el especialista español comenzaba su obra de la temática por medio del contraste:

La incruenta revolución portuguesa, con los soldados hermanados con el pueblo, con las bocachas perfumadas con claveles, fue el contrapunto humano y feliz del sangriento golpe de Chile en septiembre de 1973. Hacía poco más de siete meses que la soldadesca de Pinochet se había ensañado con

su pueblo, y mientras aún estaban repletos de torturados los campos de concentración de aquel país sudamericano, al otro lado del mundo los militares no solo no ocupan el poder para reforzar el capitalismo, sino que prometían implantar un orden más justo (Sánchez Cervelló, 1997: p. 9).

Se podría pensar que dicha mirada brotó con la distancia temporal, sin embargo, la difusión que había tenido la *Vía chilena al socialismo* y su final abrupto provocó ya la comparación entre contemporáneos y testigos del momento.

El que sería Primer Ministro (1976-1978 y 1983-1985) y Presidente de la República Portuguesa (1986-1996), Mario Soares, escribió su célebre texto “Portugal Amordaçado, Depoimento sobre os Anos do Fascismo”, cuya primera edición data de octubre de 1974, aludiendo al papel jugado por la inspiración de alianzas amplias en la variopinta oposición al régimen dictatorial –conformadas por comunistas, socialistas, católicos y grupos de izquierda radical que motejaban a los anteriores de “reformistas”- los ejemplos de la Revolución Cubana y la *Vía chilena al socialismo*. Desde su objetivo de implementar en su país un socialismo democrático desecha el modelo cubano a la vez que afirma “una experiencia del tipo chileno, respetando las idiosincrasias de cada país, me parece perfectamente viable [para Portugal]” (Soares, 1974: p. 722). Desde luego, dicha sentencia fue escrita antes del 11 de septiembre de 1973, pero sobre sus experiencias personales vividas con Allende.

En Chile, la Revista *Qué Pasa* -diciembre de 1974 en su página de Opinión Editorial- publicó un artículo bajo el sugerente título “La lección portuguesa” insistiendo que las proscripciones del régimen de Salazar en Portugal sobre el Partido Comunista Portugués (PCP) y la izquierda fueron ineficaces. Lo anterior constituía un reto para la situación chilena –ya hace más de un año dirigida políticamente por Pinochet- por lo que conminaba a enfrentarlo, culminando con preguntas retóricas: “Pronto comenzará la última lección: en Portugal sabremos si hay algún desenlace distinto, alguna alternativa diferente que no sea “la solución chilena” o la tiranía estalinista” (p. 7).

Nueve meses después Marvin Howe escribió para el *New York Times* el artículo el 22 de septiembre de 1975 “Lisbon and Chile: Diverse paths”, consignado por el Vicealmirante Ismael Huerta -Canciller hasta el 11 de julio de 1974 y luego embajador de la dictadura militar ante Naciones Unidas- en su libro de memorias “Volvería a ser marino” escrito en 1988. Huerta (2023) también da cuenta de las semejanzas superficiales (manifestaciones, consignas y símbolos revolucionarios) y las diferencias de fondo entre la revolución portuguesa y la Unidad Popular, destacando entre las últimas la mayor presencia de extranjeros en Chile, pero sobre todo la orientación del Ejército (pp. 333-334), que el marino evalúa neutral

ante los cambios, aunque probablemente Zavaleta Mercado podría más bien afirmar como autónoma (Zavaleta, 1974).

A principios de 1976, la Revista Estudios Internacionales del Instituto de la Universidad de Chile del mismo nombre publicó el artículo del académico y político del Partido Demócrata de Estados Unidos, George W. Grayson (1976), en el que reflota la dimensión comparativa, aunque en este caso respecto de los potenciales aprendizajes en Portugal.

En medio del golpe de estado apoyado abierta o tácitamente por esta coalición, Allende murió el 11 de septiembre de 1973 y su régimen se derrumbó, quedando el poder en manos de una junta derechista represiva encargada de mantener la ley y el orden y de extirpar la influencia marxista del país. ¿Podrían tales hechos reproducirse en Portugal? Los comunistas, ayudados por la extrema izquierda y por ciertos jefes del MFA previenen constantemente contra el peligro de tal reacción, en que serían punta de lanza de la CIA y los contrarrevolucionarios del país. En particular Cunhal hace aparecer este fantasma para convencer al MFA de la necesidad de una leal y cohesiva alianza con el Partido Comunista (p.36).

Otro de los análisis más conocidos de la época fue el de Nicos Poulantzas a propósitos de las crisis de las dictaduras en Portugal, Grecia y España (1975) concentrándose en los procesos de democratización sur-europeos, señaló diferencias contra los hechos acontecidos en Chile afirmando en el movimiento de los capitanes no se puso en duda ni la hegemonía burguesa ni el capital extranjero alejándose de una articulación reaccionaria “a lo Pinochet” (p. 145), mientras si visibilizó conflictos en los que las burguesía locales polarizadas ante escenarios de luchas promovieron esquemas de guerras preventivas contra las masas populares e incluso boicotearon sus economías (p.146). En otras palabras, para diferenciar formas clásicas de Estados Burgueses (que denomina democracia a la occidental) y sus regímenes de excepción (las dictaduras Portugal, Grecia y España), al fondo de los contrastes remite a la cuestión de la fase del capitalismo y sobre todo del lugar que un país ocupa en la que denomina “cadena imperialista”, la referencia al “Chile de Pinochet” (p. 148) es recurrente.

A continuación, veremos el despliegue del proceso portugués para profundizar en sus relaciones con el caso de Chile.

2. El recorrido del proceso portugués

La mañana del 25 de abril de 1974 caminaba por las calles de Lisboa Celeste Martins Caeiro. Un año antes había sido contratada como mesera de un restaurante, que además le pedía vender flores a los parroquianos. Pero esa madrugada había sido distinta. Veinticinco minutos después de la medianoche una emisora de radio había

transmitido la canción “Grândola, vila morena”, contraseña que aguardaba un grupo de jóvenes oficiales –mayoritariamente capitanes– de la capital portuguesa para ejecutar un golpe de Estado en un país que iba a cambiar de rumbo político tras casi 48 años de dictadura salazarista, desde 1968 a cargo del académico Marcelo Caetano. Resulta una conexión paradójica, que esta puesta en marcha revolucionaria de los militares portugueses estuviera inspirada en las fallidas tácticas defensivas radiales del derrocado gobierno de la Unidad Popular que fueron expuestas en el *Libro Blanco* publicado por la Junta Militar chilena (Tiago de Oliveira, 2014, p.11).

El nuevo día sorprendió a la camarera de 41 años buscando un tranvía que le acercara a su hogar, con un ramo de claveles en sus brazos cuando se topó con militares. Un soldado le pidió fuego, pero ella sólo tenía las flores carmesíes que regaló al uniformado. Mientras éste buscaba una moneda con que retribuir a la florista del amanecer, ella puso el clavel en el cañón del fusil. Celeste entonces siguió el gesto con el piquete, que replicó con la decoración de sus armas. Era el símbolo de una revolución que inició pacíficamente, casi sin víctimas, y con multitudes abrazando a los pretores.

Arrancaba la Tercera (actual) República de Portugal, con 19 primeros meses de verdadero torbellino de pugnas entre diversos grupos que lucharían por definir el destino del país. A la postre, con el desmoronamiento pacífico del régimen autoritario portugués, se daría inicio a la que Samuel Huntington llamó en su libro de 1991 “La Tercera Ola democratizadora” que, durante un cuarto de siglo, hasta principios del siglo XXI, sumaría a una treintena de países a la democracia liberal desde el Sur de Europa, pasando por América Latina, Asia y el bloque comunista centro-europeo. Pero antes, lo que había comenzado con un golpe, gradualmente se transformó en una revolución, que fue detenida por una reacción, tras lo cual derivó a una democracia liberal.

Tempranamente llamó la atención que este giro democrático en Portugal se iniciara con un golpe de fuerza, expediente clásico de derrumbe poliárquico y su remplazo por dictaduras. Sin embargo, después que el golpe del 28 de mayo de 1926 destruyera la Primera República y que se hubieran desaprovechado las condiciones de fines de los sesenta para una apertura pactada, no parecían haber más opciones que un golpe al *Estado Novo* desde el flanco izquierdo. Así, el caso forma parte de democracias fundadas en la ruptura con el régimen precedente, aunque con arranque incruento, que, no obstante, tuvo posteriores espasmos como los del verano boreal de 1975, tórrido en movilizaciones, tomas y algunos saqueos.

Pero ¿cómo un proceso que en algún momento se radicalizó culminó en un régimen demo-liberal? Se debió a una conjunción de factores: El papel de ejército, con más de una tendencia en su interior

(Feria, 2018); la fragmentación de la izquierda (Díaz Macías, et al., 2021); la presión internacional cualitativamente distinta a las operaciones encubiertas de la CIA aplicadas desde 1953, como el derribo de Mossadeq en Irán y de Arbenz en la Guatemala de 1954, y sobre todo la perfilada intervención contra la Unidad Popular de Chile.

A efectos de una valoración contraria anclada en valores humanitarios entre lo acontecido en Chile y Portugal, hay que acentuar las diferencias en cuanto al número de muertos. El 25 de abril se logró casi sin ningún disparo al contrario del golpe militar de Pinochet (Vinatea, 2014, p. 50), que desde el bombardeo mediático del Palacio de La Moneda fue reconocido globalmente por su carácter cruento, pudiendo deslizarse la idea de que los militares portugueses no quisieron replicar un 11 de septiembre ni el potencial negativo impacto internacional. El general Vasco Gonçalves confirmó también el contraste de ambos procesos incluso cuando se canceló el proyecto revolucionario portugués: “Es decir que aquí hicieron la contrarrevolución por una vía casi “pacífica”, a diferencia de Chile” (Kohan, 2004).

Haciendo una relación en torno a las expresiones del periódico *Renascita* (31.3.1974, p.18) este advertía ya desde fines de marzo de 1974 los “monstruosos” juicios -de aparente legalidad- que la Junta Militar chilena realizaba contra representantes de organizaciones revolucionarias chilenas incluyendo 61 miembros del Ejército acusados de espionaje, traición y sedición. Sin embargo, para nuestro análisis nos importa observar cómo mediáticamente se representó en caricaturizado Pinochet junto al caído y defenestrado Giorgos Papadopoulos como aliados del imperialismo norteamericano, distanciándose simbólicamente del carácter democrático de la revolución en Portugal.

Ya desde antes las crisis internacionales se habían reavivado a ambos lados del Muro tras 1968 con un París convulsionado y los tanques soviéticos aplastando la primavera checa. En Portugal el clima de cambio implicó el cuestionamiento al sistema colonialista que el *Estado Novo* perseveraba en preservar como dependencias ultramarinas a pesar de que las potencias europeas habían iniciado antes el proceso de descolonización africano.

Los portugueses habían mantenido una serie de colonias en el continente africano (principalmente Angola, Mozambique y Guinea-Bissau), que tras la II Guerra Mundial comenzaron a exigir el inicio del proceso de descolonización. Al negarse a ello la metrópoli, en dichos territorios aparecieron movimientos de liberación y guerrillas armadas, y para combatirlas, el gobierno portugués decidió enviar al ejército (Maxwell, 1986: p. 165).

Con respecto a las relaciones en el plano internacional, Washington tras el estallido de la guerra de Yom Kippur en octubre de 1973 y en las vísperas de la caída del Imperio portugués, guardaba como principal preocupación aprobar el levantamiento del embargo de armas a Portugal, a contracorriente del movimiento de descolonización, logrando la renovación de sus instalaciones militares en la isla de Lajes, punto central para mantener el envío de armas hacia Israel, por lo que el golpe del 25 de abril detuvo esa gestión de armas contra los intereses africanos (Gleijeses, 2015: pp. 361-365). Sin embargo, por paradójal que resulte, para los militares portugueses, los movimientos de liberación nacional africanos fueron también un elemento central que contribuyó a su propia liberación del régimen dictatorial y el colonialismo en Portugal (Kohan, 2004).

Al contrario, la presencia de Chile en marzo de 1974 en el Comité Especial de Descolonización (C-24), desplegó a su delegado en las mesas de discusión con los representantes de los territorios bajo dominación portuguesa, principalmente Angola y Mozambique. La posición tradicional chilena fue siempre distinguir las cordiales relaciones bilaterales con Portugal, y la adhesión a una línea anticolonial como cuestión de principio. Sin embargo, Chile se abstuvo de tomar iniciativas en torno a las resoluciones condenatorias del colonialismo portugués y no patrocinó tampoco ningún proyecto de resolución. Por su parte las intervenciones fueron moderadas dejando constancia de la amistad con la nación portuguesa, priorizando las relaciones bilaterales por sobre los conflictos en reuniones multilaterales (7.3.1974. Comité descolonización. AGH-MINREL). La sesión de Lisboa integró a representantes del GRULA (Grupo Latinoamericano) a Chile, Cuba y Trinidad y Tobago, y en la intervención chilena Huerta autorizó incluso afirmar: “la legitimidad de la lucha armada cuando no existe otra alternativa de liberación, partiendo de la base de que esa fue la experiencia chilena en el siglo XIX, y que no era, en cambio, aceptable en caso de contienda entre facciones internas” (Huerta, 2023: p. 332). La evolución del proceso de descolonización será otra constante en la que Chile verá contrapuestos sus intereses bilaterales ante las exigencias de países Tercermundistas.

La relación entre cansancio bélico y conspiración fue directamente proporcional. Particularmente entre la oficialidad de rango bajo y medio, que había visto deteriorarse sueldos y beneficios de su carrera, al mismo tiempo que debían participar de una guerra interminable en el exterior. El corporativismo y la retardada solución al tema colonial fueron la chispa que precipitó el cambio en un Portugal que, al igual que España, había incrementado sus intercambios comerciales con Europa sin actualizar su régimen político. Uniformados sublevados fundaron el *Movimento das Forças Armadas* (MFA) que actuaría ese

25 de abril y el resto del proceso de casi dos años. Entre sus filas se encontraban sectores fuertemente corporativistas, estatistas, así como declarados intervencionistas, todos partidarios de transformaciones de cuatro tipos: conservadores, reformistas moderados, próximos a la izquierda histórica (PCP) y partidarios de la radicalización revolucionaria del proceso.

La Junta de Salvación Nacional y la Presidencia inicial estuvo a cargo del general Antonio de Spíndola. Los comunistas fueron convocados al primer gobierno provisional al frente del Ministerio del Trabajo y los socialistas en Asuntos Exteriores, en un Gabinete que contó con liberales. Después de la salida del poder de Spíndola y su reemplazo por el general Francisco da Costa Gomes, en septiembre de 1974, se reorganizó el gobierno bajo Vasco Gonçalves, y con un PCP asumiendo el protagonismo en la promoción de la reconstitución del Estado por medio del MFA.

Si bien existían vínculos tradicionalmente débiles, ambas coyunturas, el golpe de estado chileno el 11 de septiembre de 1973 y la revolución portuguesa el 25 de abril de 1974, potenciaron las relaciones evolucionando perspectivas en principio optimistas hacia posiciones abiertamente críticas (Ibarra, 1998)^[2]. Siguiendo a Ibarra, la Junta Militar en función de mantener su política exterior anticolonial no mostró interés en profundizar las relaciones con Portugal, concentrándose en expresar abiertamente su anticomunismo teniendo como principal objetivo mejorar su imagen ante el mundo, para validar su política interior, dado el aislamiento y rechazo internacional.

Sin embargo, la coyuntura revolucionaria portuguesa generó un profundo interés en el gobierno de Chile y se observó inicialmente de forma positiva en cuanto era un proceso conducido por militares y en tal forma como potenciales aliados. A la valoración castrense que se tenía sobre Spínola, se tornó negativa al renunciar a su cargo, deteriorándose las relaciones en la medida que la revolución se radicalizó, integrándose los partidos de izquierda que internacionalmente se correspondieron con los países marxistas.

3. Militarismo democrático y la relación con el PCP

Los procesos democratizadores ocurridos en regímenes capitalistas de excepción en torno a las crisis de las dictaduras en Portugal, Grecia y España, expresados por Poulantzas (1975) son relevantes para situar un escenario de reflexión, en la medida que en los dos primeros casos encuentran el origen de su derrumbe no por la insurrección de las masas populares ni por intervenciones extranjeras. Aquello constituyó una primera similitud con los casos de Latinoamérica.

Si bien la transformación en Portugal ocurrió tan solo siete meses después del golpe de estado de Augusto Pinochet en Chile, el fin de la *Vía chilena al socialismo* con su vuelco autoritario, se constituyó como principal diferencia entre ambos movimientos militares, el que la revolución de los claveles en su orientación ideológica defendiera en su primera etapa con un ejército de la OTAN intereses de carácter socialista (Rács y Szilágyi, 2016: p. 159).

El PCP había definido en su VI congreso de 1965 que la caída del régimen dictatorial surgiría de la acción de masas y no de una alianza con la pequeña burguesía o de un golpe militar, como reconoció su secretario general, Álvaro Cunhal (“Rumo a Vitoria”, 2001). Con la caída del salazarista Caetano el PCP apostó por proseguir el proceso de cambios en combinación con los que denominó “sectores patrióticos del ejército”. Después de la experiencia chilena de 1973 los comunistas portugueses eran aún más cautelosos, priorizando la seducción a las clases medias mediante su acuerdo con los militares. También habría que atender al remanente de las tesis de la III internacional, que invitaba a los partidos comunistas del mundo a colaborar con la oficialidad disponible para el cambio, sosteniendo que la Revolución debía hacerse con las FFAA. El reemplazo del sistema capitalista le pareció al PCP inviable cuando en septiembre de 1974, los soldados se negaron a reprimir manifestaciones.

Paralelamente, desde fines de 1974 diversos grupos de izquierda presionaron para acelerar la dinámica colectivista en Portugal que ya definían de “proceso revolucionario en curso”. En enero del 75 el principal Comité del MFA había respaldado la unión sindical dentro de una sola organización, promovida por el PCP, granjeándose el apoyo de las movilizaciones callejeras. Entre el 28 de septiembre de 1974 y el 11 de marzo de 1975, la izquierda radical, ajena al PCP, reclamó profundizar el proceso, apoyando la ley de unidad sindical del PCP, aunque sin dejar de lado las acciones autónomas.

Hacia el 12 de marzo de 1975, después de un fallido golpe de Estado conservador liderado por Spíndola, segmentos radicalizados del MFA removieron a los sectores más moderados, reemplazando la Junta de Salvación Nacional por el Consejo de la Revolución, instancia ejecutiva y suprema autoridad del Estado. Sus miembros se consideraban parte de un movimiento de liberación nacional, al frente de un proceso descolonizador externo y doméstico que pretendía abrazar al socialismo mediante una alianza con organizaciones populares que demandaban una democracia directa. El historiador Josep Sánchez (1997) afirmó que, para estos militares: “la transición no podía bloquear la construcción al socialismo” (p. 56). En tal sentido, para la izquierda más allá del PC, que tildaba a los comunistas de “revisionistas y etapistas” y al partido socialista de “contrarrevolucionario”, le pareció viable una república socialista, con

una economía planificada sin tuición de la URSS. Desde dicha visión la revolución social iniciaba con una democracia política de radicalización permanente y sostenida sobre organizaciones más allá de partidos: Comité de Trabajadores (CT), Comité de Moradores (CM) y desde septiembre de 1974 los Comité de Soldados (CS). La autogestión uniformada provocó querellas en el seno de la izquierda, con un PCP privilegiando la delegación de dicha autoridad en el ala izquierda del MFA, para ganarse al futuro Ejército Revolucionario. El PCP declaró en su órgano que “el principal problema del momento político” eran los focos artificiales de descontento popular, inefectivos para “contener” a las fuerzas retardatarias (Varela, 2010: p. 85). La dinámica revolucionaria se ralentizó también por la fragmentación de la izquierda.

Las elecciones de abril de 1975 confirieron el triunfo al moderado Partido Socialista, con alto caudal de votos en las urbes del centro y norte, Lisboa y Oporto (37,87%), seguido por la base electoral conservadora centroderechista del Partido Popular Democrático más allá del Tajo (26,39%), dejando a los comunistas en tercer lugar con apenas el 12,46%. Álvaro Cunhal, en la entrevista concedida a Oriana Fallaci el 13 de junio del 1975 (*L'Europeo*, N° 24) reconoció que “la democracia occidental ya no es suficiente para nosotros”. Los comunistas apelaban a una insurrección armada en acuerdo con el MFA. Cunhal admitió la existencia de células de partido entre los soldados, aunque rara vez entre los oficiales, cuyo objetivo era que las FFAA dejaran de ser el brazo armado de la burguesía monopolista y pasaran a ser el brazo armado popular. De allí su convocatoria al sector más proclive a la izquierda del MFA. Lo anterior explica que Cunhal espetara a Fallaci: “los comunistas portugueses necesitan al ejército”, descartando toda estrategia de Frente Popular con los socialistas (ensayada en Italia de 1948 entre Togliatti y Nenni), en una invectiva contra el eurocomunismo.

El paralelismo entre el denominado “proceso revolucionario en curso” portugués con el Velascato también era pertinente desde otros grupos. Según Grayson (1976), para las Brigadas Revolucionarias de Extrema Izquierda, el plan de Carvalho tenía evidentes ciertas similitudes con el populismo militar de las fuerzas armadas del Perú después que derrocaron en 1968 al gobierno democráticamente electo y poco eficaz de Belaunde Terry (p. 39). Sin embargo, la diferencia principal estribó en la alienación partidista por parte del Velascato, reemplazando la colaboración partidaria “en favor del establecimiento de vínculos directos con el pueblo, en cuyo nombre se llevó a cabo la “revolución” (Grayson, 1976: p. 40).

Respecto a este punto Cunhal reafirmaba la alianza del PCP con el MFA: “No quieren reconocer que estamos haciendo una revolución «con» las fuerzas armadas; una revolución iniciada y dirigida por las

fuerzas armadas” (Fallaci, 1978: 499), advirtiendo que Portugal no sería como el Perú de Velasco Alvarado, precisamente por la participación del partido comunista, sin cuya presencia -en su opinión- ninguna revolución sería factible (Fallaci, 1978: p. 507).

Incluso los informes del Embajador chileno Joaquín García Suárez en Lisboa para julio de 1974, confirmaban esta línea de un militarismo diferente, en la medida que integrantes del MFA eran identificados como “progresistas de estilo peruano”, abiertos a vincularse con la Sociedad Amistad Portugal-Cuba y hasta admiradores de Fidel Castro (Oficio de García al Ministro de Relaciones Exteriores, Lisboa, RIE n°221/1, 24 de julio 1974, AHMRE. En: Ibarra, pp. 68-69), afirmando la instalación de una “democracia militar” al estilo peruano” (Oficio de García al Ministro de Relaciones Exteriores, Lisboa, reservado n°2/8, 17 de enero 1975, AHMRE. En: Ibarra, p.88), o de abierto progresismo que promulgaba la caracterización de una unión Pueblo-FFAA, donde “las FFAA son el pueblo uniformado; son el eje social y político de la revolución; es el motor de las leyes revolucionarias...” (Oficio de García al Ministro de Relaciones Exteriores, Lisboa, reservado n°2/38, 20 de febrero 1975. AHMRE. En: Ibarra, p. 104), narrativa similar a la que utilizaba Salvador Allende y era cercana a las FFAA chilenas.

En esta línea resulta relevante construir comparaciones con respecto a la situación acontecida en Portugal y en el Chile de la UP, pudiendo afirmarse que tanto el PCCH y el PCP, constituían dos de los partidos comunistas con mayor desarrollo orgánico, control en puestos ministeriales y una alineación cercana con la Unión Soviética, pero que a su vez tuvieron que amoldarse a los marcos institucionales democráticos para integrarse a las exigencias revolucionarias democráticas portuguesas y en el caso chileno a la institucionalidad tradicional. Complementariamente las propuestas más radicales en ambos procesos fueron diametralmente opuestas respecto a los partidos socialistas, que en Chile pregonó el “avanzar sin transar”, al contrario de la actuación de los socialistas lusitanos.

La relación entre el Partido Comunista Chileno (PCCH) y el PCP han sido referenciadas en base a las experiencias de configuración de su orgánica en la clandestinidad y la posición del último de adoptar la lucha armada como método de acción (Furci, 2008). El inicial posicionamiento del PCP en el MFA se debió a su trabajo de décadas bajo la dictadura siendo de vital relevancia en el proceso revolucionario portugués (Pacheco, 1988). Sin embargo, el PCP, en palabras de Mario Soares, estaba distanciado de los demás partidos comunistas italianos, franceses y españoles al señalar que los portugueses “no se avienen al juego democrático” (Fallaci, 1978: p. 463). Dalmiro Contreras -militante del PCCH y cooperante internacional en Mozambique-, si bien afirmó la existencia de fuertes

conexiones entre ambos partidos, éstas estaban fundadas en su rechazo al eurocomunismo y en su relación estrecha con el PCUS. Durante el periodo el partido chileno se concentró en la formación de la resistencia contra la dictadura y el desarrollo de los frentes antifascistas en el exilio. Tan solo desde 1976 se renovaron conexiones cuando algunos militantes del PCCh hacían escala en Lisboa para proseguir su viaje a servir como cooperantes a Mozambique. (Basulto, Contreras y Glisser, 2013: p. 26)

Para los chilenos del PCCH que cumplieron entrenamiento militar profesional desde 1975 en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba (FAR), en el contexto del entrenamiento relatan que las discusiones sobre la revolución de los claveles, la cuestión africana y la descolonización fueron ejemplos de casos preponderantes en los estudios de los militantes. Bajo un análisis comparativo del trabajo que podían hacer hacia los mandos medios del Ejército portugués, se recordó la experiencia fallida del trabajo realizado hacia los altos mandos chilenos, con el objetivo de impedir que en el momento indicado no fueran atacados por las FFAA, logrando aliarse con ellos en el esquema ideal de revolución (Pérez, 2016).

En el relato de Gustavo Espinoza, militante histórico de Partido Comunista Peruano, señaló que antes del 1974 no existieron relaciones fluidas con el PCP, al contrario de las que tenían con el partido liderado por Luís Carlos Prestes en Brasil. Según Espinoza, fue la experiencia militar de ambos países la que llevó a los partidos a tener una relación más cercana. Además de esto, la visita del periodista portugués Urbano Rodríguez que viajó al Perú antes y después de 1974, adelantó los vínculos con la causa portuguesa. Como contraparte la visita del camarada -el secretario de organización del partido- Mario Ugarte a mediados de octubre de 1974 a Portugal tomó nota de lo ocurría en el país estableciendo excelentes vínculos con el PCP para llevar a cabo relaciones de solidaridad. Espinoza también visitó Lisboa en 1975, luego de asistir a Ginebra a la reunión de la OIT en representación de la CGTP (Central General de Trabajadores del Perú), relacionándose con dirigentes del PCP y de la Intersindical. A su juicio para noviembre de 1975, ya había triunfado el sector contrarrevolucionario, derechista, socialdemócrata de Soares con posiciones anticomunistas paralizándose las transformaciones revolucionarias del Núcleo Militar.

Otros vínculos relevantes surgieron de la presencia en Lima del presidente del gobierno portugués Vasco Gonçalves que asistió a la Cumbre de los 77 en noviembre de 1974, y en esas circunstancias se reunió con dirigentes del PC peruano, estableciendo relaciones de cooperación y solidaridad con los militares peruanos que lo acogieron con mucha simpatía, especialmente con Jorge Fernández Maldonado,

Ministro de Energía y Minas del Perú, el hombre más izquierdista del proceso peruano.

En conversación con Álvaro Cunhal en Moscú, éste les expuso la síntesis que realizó sobre la razón del desplazamiento de los sectores militares portugueses más revolucionarios, sin haber logrado afirmar niveles de colaboración, cooperación y solidaridad suficientemente sólidos con el grupo heterogéneo de los capitanes de abril. Tampoco consolidó una unidad de ideología y política, aconsejando dicha línea respecto a los militares peruanos. Sin embargo, la referencia de los capitanes Otelio Saraiva de Carvalho y Fernando Salgueiro Maia hacia el proceso insurgente peruano en 1968 constituyó esa primera conexión ideológica de movimientos militares progresistas contrapuestos a una orientación oligárquica y de corte autoritaria.

4. El reflejo portugués de la Guerra Fría

La experiencia de transición portuguesa fue más o menos paralela al proceso que vivió América latina entre las décadas de 1960 y 1970 del siglo XX: un corriente de militarización sistemática y estratégica puesta en escena refundacional con un golpe de Estado. En este caso se trataba de la intervención del Estado por institutos castrenses a partir de un acto material y simbólico para desplegar un proyecto corporativo. A pesar de que las expresiones fueron diversas, la reflexión desde las Ciencias sociales concibió este tipo de militarización corporativa del estado como un nuevo autoritarismo (O'Donnell, 1976; Garretón, 1985). Unas y otras fueron expresión de militarismo, medible a partir de la autonomía castrense (Lleixà 1986a, 1986b; Varas 1984) que les permitió a los pretores ocupar una función política y posición social preeminente (Demarchi; Ellena, 1986), dejando la vida política su arbitrio.

El golpe contra Joao Goulart del 31 de marzo de 1964, inicialmente expresión de un nacionalismo anticomunista fue seguida por la asociación militar con elites partidarias despojando al Estado de su papel redistribuidor y administrador de la vida pública para asignar dichas funciones al mercado (tendencia menos delineada en el caso brasileño). La lógica de Guerra, que abrevó de la lucha colonial francesa contra la insurgencia y la doctrina de la seguridad estadounidense, se aplicó al disciplinamiento social hasta llegar al extremo de la represión y la eliminación adversarial descrita recientemente como axioma o método Yakarta (Westad, 2017; Bevins, 2021).

Sin embargo, existió cierto tipo de experiencia muy distinta ya advertida por Alan Rouquié en su celeberrimo “Estado Militar en América Latina” (1984) que distinguió 5 subgrupos: los regímenes sultánicos y/o patrimonialistas en Nicaragua, República Dominicana,

Cuba, y el Paraguay de Stroessner; los casos exitosos de control del poder militar con Costa Rica, Colombia, Venezuela y México; otros con Fuerzas Armadas laminando tradiciones institucionales democráticas como Chile y Uruguay en 1973; Argentina y Brasil, rotuladas como Repúblicas pretorianas con ejércitos disponibles a intervenir en toda crisis, o con partidos militares. Pero junto a los anteriores estuvieron los casos de sectores castrenses categorizados como progresistas que se inclinaron por cambios estructurales con Omar Torrijos, Juan Velasco Alvarado, Guillermo Rodríguez Lara y Juan José Torres como líderes. Estos supusieron la participación de sectores no oligárquicos y unas FFAA comprometidas en la creación de nuevas bases de cohesión social, que le situaban en oposición a la gran propiedad rural y el capital transnacional para avanzar en la sustitución de importaciones (O'Donnell, 2000, p. 232), mediante un proyecto desarrollista de corte nacional revolucionario (Rafael Rojas, 2021). Se les denominó reformismo progresista (Rouquié, 1984) o “Bonapartismo progresista” (Cotler, 1970: p. 480). Más que el conflicto bipolar este-oeste, estas dictaduras estuvieron animadas por la constatación de otro eje que dividía el norte rico y un sur pobre (Garretón, 1978: p. 1263), siendo este tipo de disquisiciones más cercanas al MFA portugués.

También habría que agregar que detrás del movimiento militaristas portugués existió también un apoyo popular considerable como proceso de lucha de masas contra el fascismo de Salazar que incorporó inmediatamente a los partidos de oposición del régimen colonial (Fallaci, 1978: p. 468). Acerca del caso chileno los elementos electorales también son relevantes para el análisis final, en cuanto las últimas elecciones celebradas en el Chile de la Unidad Popular dieron en marzo 1973 un 58% para la oposición aunada en la Confederación Democrática (CODE), y tras 16 años de dictadura Pinochet dejó el poder con un 44% de apoyo electoral.

Sobre el fenómeno portugués EE.UU. había agudizado los sensores de sus agencias externas. El Departamento de Estado evaluaba el rupturismo del proceso con el nítido rol del pro-soviético PCP. Desde fines de 1974 Kissinger consideraba a Portugal una causa pérdida con potencial de transformarse en la Cuba de Europa Occidental. Pero para el verano de 1975, Kissinger coincidió con Olof Palme respecto a que la escalada del PCP podría desencadenar un resultado similar al de Chile. El secretario de Estado descartó irónicamente la posibilidad de replicar un caso chileno al socialismo: “Which Chile, Allende?” (Del Pero, 2011).

Similar lectura quedó reflejada en las memorias del canciller de la República Federal Alemana Willy Brandt, quien recordó que, a mediados de 1975, durante una reunión en Moscú con el líder soviético Breznev, tuvo la misma impresión cuando percibió que “a la

Unión Soviética le podría tocar en suerte algo así como una Cuba Europea”. Sin embargo, el perspicaz Brandt prefirió tocar otra fibra de Breznev: “Le dije que había que temer que un movimiento extremista de izquierdas acarrearía un contragolpe reaccionario, como ocurrió en Chile” (Brandt, 1976: 500). Así, la referencia a Chile fue recurrente, así un telegrama del Departamento de Estado al consulado de Jerusalén del 19 de marzo de ese año afirmaba que la Unión Soviética contemplaba la situación portuguesa con precaución y esperanza: “They, like Communists everywhere, have been led by their reading of events in Chile to avoid adventurous bids for power unless they can be sure that the levers of power—the police, the armed forces—are in safe hands”. (Rasmussen; Howard, 2014: p. 503).

Los paralelismos típicos de los “cisnes negros” implicaron la interpretación con “espejo retrovisor”, aludiendo a febrero y octubre en la Rusia de 1917. Cuando Kissinger se entrevistó con el ministro de Relaciones Exteriores portugués en septiembre 1974, el socialista Mario Soares, le comparó con Kerenski. Soares demostraría que la vía de “Kerenski” de cambio gradual bajo control, sin interrupción del desarrollo capitalista podía triunfar. Para ello requirió la complicidad y ayuda de Occidente.

A esas alturas, según el citado telegrama, Estados Unidos advertía 3 grupos: los moderados, particularmente influyentes en la política exterior portuguesa; los comunistas que entendía se movían en dirección al bloque soviético, y la izquierda radical que evaluaba proclive a un régimen militar, nacionalista y no alineado con Moscú, del tipo peruano Velasquista o libio de Gadafi (Rasmussen; Howard, 2014: 499). Las perspectivas no eran promisorias, pero después del escándalo de Watergate y de las comisiones del senado auscultando operaciones encubiertas, el embajador en Lisboa Frank Carlucci prefería dejar la iniciativa a otros gobiernos europeos, con la condición de que no se permitiera modificar el *statu quo* de la OTAN en su flanco sur. Lo anterior pasaba por respaldar el derrotero socialdemócrata de diplomacia sutil y sobre todo apoyar materialmente al socialismo portugués. En consecuencia, la CIA canalizó la inyección entre 2 y 10 millones de dólares a los liderados por Soares (Maxwell, 1994: p. 194)

El citado telegrama insistía en:

Encourage European Socialist leaders, including the Swedes, to use their good offices to counsel moderation in Lisbon and warn of the consequences otherwise. We would also want to raise this with Brandt during his visit here March 27 (...)

That you make clear to Soviets soon, perhaps to Gromyko when you meet him next week that they should refrain from meddling in Portugal. However tempting the opportunities for outside interference in this period of instability, Soviets should be reminded that such interference could raise

serious questions about principles on which U.S.-Soviet relations are based. (Rasmussen; Howard, 2014: p. 506).

Willy Brandt y la Socialdemocracia Internacional siguieron el guion y se implicaron en una tarea para enmarcar las transformaciones portuguesas dentro de los estándares europeos occidentales, de manera discreta y decidida, además de fortalecer el tipo de “socialismo en libertad” que requería una evolución democrática portuguesa acorde con los modelos de las sociedades euro-occidentales. Ya en octubre de 1974 Brandt había volado a Lisboa para respaldar al PSP frente a un PCP en auge. La victoria electoral socialista del 75 confirmó la vía socialdemócrata, deslizándose el PSP a la oposición al abandonar el IV gobierno provisional. Desde dicha postura enfrentó el predominio gubernamental comunista.

Pero aún quedaba el período de mayor activismo, en ocasiones violento, del verano boreal del 75 con facciones de la izquierda radical alienándose con otro militar, el mayor Otelio Saraiva de Carvalho, parte del grupo de capitanes que planificaron el golpe del 25 de abril y aliado previo de Cunhal de quien se alejó posteriormente, que había comenzado a cultivar vínculos con La Habana. Portugal era más permeable a las diversas gravitaciones externas, a la que hay que sumar la creciente influencia de los medios de comunicación que se habían librado de la censura del *Estado Novo*, al tiempo que experimentaban las presiones del ala más izquierdista de la revolución. En ese contexto se produjo el debate televisivo entre Cunhal y Soares del 6 de noviembre que casi todo el Portugal siguió por pantallas. La densa conversación de casi cuatro horas enfrentó concepciones de la democracia: liberal y popular; el socialismo y las libertades; y la revolución y su antítesis. Cunhal lució más verticalista y doctrinario frente a Soares que jugó la carta de la empatía y la horizontalidad. Las audiencias se inclinaron a favor del socialista.

Soares en mayo de 1975 había planteado la necesidad de distanciarse para evitar que el proceso conllevara a una situación parecida a la de Albania, Cuba o el Chile de Pinochet, dado que conoció la experiencia chilena y había tenido conversaciones con Allende, por lo que estaba al tanto de las conspiraciones extranjeras para ocasionar un golpe (Fallaci, 1978: 465). La preocupación central resultaba también acerca del peligro de la ejecución de un “golpe dentro del golpe” y tergiversar el sentido de la revolución de los claveles, sobre todo por razones económicas (467). Orlando Sáenz, líder empresarial de la oposición durante la Unidad Popular afirmó que junto al Canciller Ismael Huerta en octubre de 1973 emprendieron un viaje a Washington para reunirse con Henry Kissinger. El último informó a Sáenz la idea original de plebiscitar

una nueva constitución y restablecer el poder civil en Chile en 1976, planificación que habría sido boicoteada por Pinochet, quien en el verano de 1974 ejecutó un “golpe dentro del golpe” al interior de la Junta de Gobierno para perpetuarse personalmente en el poder. Nuevamente se espejan las preocupaciones contrarias que acontecen en el desenlace de las luchas por el poder entre las facciones de los movimientos militares.

En el mismo sentido, las facciones anticomunistas del MFA actuaron cautelosamente, sin fomentar la represión abierta contra saqueos y tomas, aunque socavando la posibilidad de una alianza revolucionaria. Cuando uniformados radicalizados sin oficiales autodenominados “Soldados Unidos Vencerán” declararon la huelga el 20 de noviembre de 1975, cinco días después el grupo castrense al mando del general Eanes actuó para aplastar cualquier atisbo de indisciplina militar. La deliberación de los cuarteles había concluido con una reacción militar proclive a una política pluralista y abierta a Europa Occidental.

La imagen romántica de una transformación revolucionaria conducida por militares formados en el que consideraban un duro fascismo, enfrentados a la descomposición del Estado colonial, la emergencia de escenario de anarquía política partidista complejizó el desarrollo vertiginoso de los acontecimientos. Ante esto Fallaci (1978) en septiembre de 1975 cuestionó a los militares, y que, “Lo menos que podía esperarse de ellos era un nuevo cambio de chaquetas: un golpe de Estado estilo Pinochet. El nombre de Pinochet se oía en muchas bocas. Muchos miraban en torno diciendo: ¿quién será aquí el Pinochet?” (pp. 477-478).

Y aunque no ocurrió aquello el siguiente abril de 1976, dos años después de iniciada la Revolución de los Claveles, Eanes fue elegido Presidente y el socialista Mario Soares nuevo Primer Ministro de la consolidada Tercera República Portuguesa, que había transitado desde una dictadura reaccionaria a un proceso de visos revolucionarios no muy distinto a otros patrocinados por el bloque soviético, para decantar finalmente en una transición liberal acorde con los estándares de la Unión Europea y Estados Unidos.

5. Conclusiones

Se pueden proponer algunas reflexiones paralelas entre la *Vía chilena al socialismo* y la revolución de los claveles, en cuanto fenómenos históricos que se plantean como movimientos transformadores en contrastes con sus sistemas políticos pasados. El primero en contra de la democracia liberal y representativa -desafiada por la propuesta revolucionaria de la Unidad Popular- y el segundo en contra de la dictadura colonial, siendo ambos catalizados por sendos

movimientos militares de orientación ideológica divergente. Ambas experiencias históricas de quiebre son inauguradas con un acento humanitario dispar, cruento en el caso chileno y apenas violento en el portugués, marcando su proyección democrática en el tiempo con muchas deudas en el caso latinoamericano. Desde el presente, globalmente se observa el fin de la Unidad Popular de manera trágica por la forma dramática y acompañada de la subsecuente represión institucional regional, mientras la revolución de los claveles perfuma un romanticismo como hito de cambio pacífico de tránsito colonial.

Sin embargo, lo verdaderamente relevante, es que hasta cierto punto se puede decir que los casos de Chile y Portugal asemejan a dos barcos que se cruzan con direcciones opuestas, aunque también pueden ser comprendidos como parte de la denominada tercera ola democratizadora de Huntington, iniciada por Portugal en 1974 y que alcanzará a Chile en 1990. La experiencia portuguesa recibió durante los dos primeros años de cambio diversas influencias propias de las tensiones de la Guerra Fría, aunque la reacción europea del golpe en Chile y la anatemización política de la Junta Militar, incidió en la mente de los militares portugueses en cómo no debía derivar su movimiento, otorgándole un presentismo negativo al movimiento militar chileno. Desde el plano doméstico, destacó el papel de los dirigentes socialistas por hacer la diferencia con el caso chileno respecto de la incidencia de Washington, así como también la acción de dos de los partidos comunistas más alineados con la Unión Soviética de la periferia occidental.

El hecho de observar reflejos contrarios del militarismo revolucionario peruano y del contrarrevolucionario chileno sobre el espejo de la revolución de los claveles, resulta el aspecto más llamativo para observar el impacto en el sur de Europa de elementos representativos de la Guerra Fría Austral. Dos movimientos militares latinoamericanos claves en ambas historias nacionales, incidieron desde sus representaciones globales, en un proceso democratizador anticolonial portugués con complejas consecuencias para el desarrollo independentista de países africanos. Acerca del caso del Perú como un referente de corte antiimperialista y progresista del militarismo latinoamericano contrario a las clásicas dictaduras conosureñas, en contraste con el caso chileno que pagó un repudio internacional también por abortar la *Vía chilena al socialismo*, además de interrumpir una de las democracias más longevas de la región.

Tras el triunfo de la revolución de los claveles, la proyección de actores no estatales del PCCH y el PSCH realizando acciones de cooperación civil en Mozambique, resultará en un contraste con el alineamiento del gobierno de la dictadura chilena hacia Sudáfrica, constituyéndose como otras consecuencias y resonancias inesperadas de las conexiones que se articularon durante el periodo estudiado, y de

los posteriores alineamientos que asumieron los diferentes actores latinoamericanos sobre el tablero de la Guerra Fría africana en la lucha contra el Apartheid.

6. Bibliografía

- Basulto, S., Contreras, D. y Glisser, M. (2013). Chilenos en Mozambique. Experiencias de solidaridad y amistad entre dos pueblos. Ceibo.
- Bevins, V. (2021). The Jakarta method: Washington's anticommunist crusade and the mass murder program that shaped our world. Hachette.
- Brandt, W. (1976). Memorias políticas 1960-1975. Quince años vitales: de alcalde de Berlín a canciller de Alemania (Vol. II). Editorial Dopesa.
- Cotler, J. (1970). Crisis política y populismo militar en Perú. *Estudios Internacionales*, 3(12), 439-488. <https://doi.org/10.2307/3539223>
- Cunhal, Á. (1979). Rumo a Vitoria. Avante.
- Del Pero, M. (2011). 'Which Chile, Allende?' Henry Kissinger and the Portuguese revolution. *Cold War History*, 11(4), 625-657. <https://doi.org/10.1080/14682745.2010.494301>
- Demarchi, F. y Ellena, A. (1986). *Diccionario de Sociología*. Ediciones Paulinas.
- Díaz Macías, E., Serrano, J. P. y Matos Ferreira, A. S. (2021). La izquierda revolucionaria en el laberinto de la revolución de los claveles. Editorial Dykinson.
- Fallaci, O. (1978). *Entrevista con la Historia*. Noguera.
- Feria, P. (2018). Del Mediterráneo al Cono Sur: Las transiciones a la democracia de Chile, Portugal y España en perspectiva comparada. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 22(2), 103-135. <https://doi.org/10.35588/gk217w12>
- Furci, C. (2008). *El Partido comunista de Chile y la vía al socialismo*. Ariadna.
- Ibarra Alonso, M. (1998). *La revolución portuguesa (1974-1976) según los informes diplomáticos chilenos* [Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile].
- Garretón, M. A. (1978). De la seguridad nacional a la nueva institucionalidad. Notas sobre la trayectoria ideológica del nuevo Estado autoritario. *Revista Mexicana de Sociología*, 40(4), 1259-1282. <https://doi.org/10.2307/3539657>
- Garretón, M. A. (1984). *Dictaduras y democratización*. FLACSO.
- Gleijeses, P. (2015). *Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976*. Editorial de Ciencias Sociales.

- Grayson Jr., G. W. (1976). Portugal y el movimiento de las Fuerzas Armadas. *Estudios Internacionales*, 9(33), 3-46. <https://www.jstor.org/stable/41390845>
- Huerta Díaz, I. (2023). *Volvería a ser marino* (Tomo II). Editorial Andrés Bello.
- Huntington, S. (1991). *The third wave: Democratization in the late twentieth century*. University of Oklahoma Press.
- Kohan, N. (2024, 26 de abril). Entrevista al general Vasco Gonçalves, líder histórico de la Revolución de los Claveles de Portugal. La Haine. https://www.lahaine.org/mundo.php/entrevista_al_general_vasco_goncalves_li
- Lleixà, J. (1986). Autonomía del Ejército y órganos superiores de la Defensa durante la transición. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 36, 101-118. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.36.101>
- Lleixà, J. (1986a). *Cien años de militarismo en España*. Anagrama.
- Maxwell, K. (1994). El derrocamiento del régimen y las perspectivas de la transición democrática en Portugal. En G. O'Donnell, P. C. Schmitter y L. Whitehead (Eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario* (Tomo 1). Europa Meridional (pp. 109-137). Paidós Ibérica.
- O'Donnell, G. (1976). Reflexiones sobre la tendencia de cambio en el Estado burocrático autoritario. Documentos CEDES.
- O'Donnell, G. (2000). Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario en el Cono Sur de América Latina. En N. Lechner (Coord.), *Estado y Política en América Latina* (pp. 199-236). Siglo XXI Editores.
- Pacheco Pereira, J. (1988). El Partido Comunista portugués y la izquierda revolucionaria. *Revista de Estudios Políticos*, 60, 69-100.
- Pérez, C. (2016). La tarea militar del Partido Comunista de Chile: ¿continuidad o ruptura de la política militar del comunismo chileno?. *Izquierdas*, 29, 49-82. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492016000400002>
- Poulantzas N. (1975). *Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*. Siglo XXI Editores.
- Rács, M. K. y Szilágyi, Á. J. (2016). Portugal en etapa temprana de la consolidación democrática. Ideas de Natália Correia y António de Spínola, Abril - Septiembre 1974. En T. Berta, Z. Csikós, K. Jancsó, E. Katona, A. Lénárt y V. Praefort (Eds.) *Transiciones de la dictadura a la democracia* (pp. 153-164). Universidad de Szeged.

- Rasmussen, K. B., Howard, A. M. (2014). Foreign relations of the United States, 1969-1976, Volume E-15, Part 2, Documents on Western Europe, 1973-1976. Department of State.
- Rouquié, A. (1984). El Estado militar en América Latina. Siglo XXI Editores.
- Sánchez Cervelló, J. (1997). La Revolución de los claveles en Portugal. Arco Libros.
- Soares, M. (1974). Portugal Amordaçado, Depoimento sobre os anos do fascismo. Editorial Arcadia.
- Travancas, I. (2017). Portugal democrático: An exiles's newspaper. *Brazilian Journalism Research*, 13(3), 126-145. <https://doi.org/10.25200/BJR.v13n3.2017.979>
- Tiago de Oliveira, L. (2014). Militares e política: o 25 de Abril. *Estuário*.
- Varela, R. (2010). El eurocomunismo de Santiago Carrillo y la revolución democrática nacional de Alvaro Cunhal: la política de los partidos comunistas en el final de las dictaduras en la Península Ibérica: 1974-1978. En N. Zubeldia y D. Carlos e Iturriaga Barco (eds.), *Actas del Segundo Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo* (pp. 81-96) Universidad de La Rioja.
- Victoriano Serrano, F. (2010). Estado, golpes de Estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico política. *Argumentos (México D. F)*, 23(64), 175-193. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952010000300008
- Vinetea Elorrieta, J. (2014). La Revolución de los Claveles y su influencia en la política internacional: de la ruptura a la transición democrática. [Tesis de grado, Universidad de Cantabria].
- Walker, I. (1990). Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada.
- Westad, O. A. (2017). *The global Cold War: Third World interventions and the making of our times*. Cambridge University Press
- Zavaleta Mercado, R. (1974). El poder dual en América Latina. Estudios de los casos de Bolivia y Chile. Siglo XXI Editores.

Notas

- 1 *La Vía Chilena al Socialismo* constituye la propuesta política de Salvador Allende y su conglomerado la Unidad Popular para superar al capitalismo, capturando el poder desde los mecanismos electorales e institucionales, instalando la segunda independencia de Chile. Sin embargo, al ser una experiencia inédita, su implementación traía complejidades que el mismo Allende expuso en su primer discurso del 21 de mayo de 1971: “Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido”, expresando complejas contrariedades entre su retórica y su aplicación práctica. La ejecución legal de las grandes reformas del *Programa Básico de la Unidad Popular*, debían hacerse efectivas a través del mecanismo plebiscitario que expresaría la voluntad mayoritaria de electorado para establecer el socialismo en Chile, con la contrariedad de nunca alcanzar una amplia mayoría. Joan Garcés señaló que la vía institucional implicaba también un “táctica militar defensiva”, mientras Salvador Allende siempre consideró el uso de la violencia revolucionaria como método de resistencia a la violencia reaccionaria de la burguesía, para defender los cambios de la vía chilena, desde el uso institucionalidad del Estado que pretendía deconstruir.
- 2 Esta tesis constituye un trabajo seminal en el marco de la historia comparativa de ambos procesos es el de Macarena Ibarra (1998) que se aboca a la comprensión de las relaciones chileno-portuguesas desde la perspectiva de los diplomáticos chilenos entre 1974 y 1976, incluyendo importantes entrevistas de actores de la época.

Información adicional

Cómo citar este artículo: Pérez Haristoy, R. A. y Aranda Bustamante, G. (2024). Ecos del Cono Sur sobre la Revolución de los Claveles (1974-1976): La experiencia chilena y el velascato peruano. *Relaciones Internacionales*, 33(67), 197, <https://doi.org/10.24215/23142766e197>

AmeliCA

Disponible en:

<https://portal.amelica.org/amei/journal/26/265177008/265177008.pdf>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en portal.amelica.org

AmeliCA

Ciencia Abierta para el Bien Común

Ricardo Andrés Pérez Haristoy, Gilberto Aranda Bustamante
Ecos del Cono Sur sobre la Revolución de los Claveles
(1974-1976): La experiencia chilena y el velascato peruano
Echoes from the Southern Cone on the Carnation Revolution
(1974-1976): *The Chilean experience and the Peruvian velascato*

Relaciones Internacionales

vol. 33, núm. 67, p. 149 - 167, 2024

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

revista@iri.edu.ar

ISSN: 1515-3371

ISSN-E: 2314-2766

DOI: <https://doi.org/10.24215/23142766e197>



CC BY-NC-SA 4.0 LEGAL CODE

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.